

CAMINO DE HOZ DE JACA

Una amplia explanada se abre ante nosotros, en otro tiempo escenario de batallas documentadas y seguramente también de ritos solares de iniciación o de culto funerario a juzgar por el dolmen que se encuentra en ella. Estamos en Santa Elena. Cruce de montañas sólo cortado por la foz que las frías aguas del Gallego han tallado en las rocas del fondo del valle abriendo un profundo tajo en las paredes, hoy salvable por un sólido puente de piedra sacada y tallada al pie de su cantera.

Sobre nuestras cabezas el fuerte de Santa Elena, hace años abandonado. Y la ermita, centro de devoción y romerías entre los Tensinos y la gente de la tierra de Biescas. La ermita que verás, ahora esta reconstruida después de que los ejércitos de Napoleón usaran la política de tierra quemada cuando salieron de España en 1814. Si te adentras sólo unos metros en el bosque, podrás descubrir los muros de la ermita primitiva mandada construir por Jaime I. Detente ante los restos de sus paredes de piedra ennegrecida por el fuego y los siglos, invadidos por la hiedra y los helechos. Si escuchas con atención todavía oirás los cánticos gregorianos, las plegarias, y las rogativas de las gentes que tras dura peregrinación por los caminos de estos montes, venían a pedir o agradecer a la santa, para que llevara hacia el Ser Supremo sus gracias y peticiones. Por si los duendes y los diablillos, las hadas y las brujas de estos montes, se quedaban enganchados entre las nieves de las altas cumbres.

Si te quedan unos minutos, siéntate entre sus muros, escucharás el paso de tramperos y cazadores, pastores y labradores, soldados de la imperial Roma camino de las fuentes de El Escalar, guerreros de las cruzadas de paso hacia Tierra Santa, almogávares camino de Neopatria, nuevas conquistas para el rey de Aragón. Soldados francos de paso hacia Graus o Monzón, monjes benedictinos, peregrinos a Santiago. Gentes de paso a San Bernabé de Gavin. A San Urbez del Serrablo.

Veras sin ser visto, sentirás sin ser sentido, y llegarás a entender muchos porqués.

Seguimos nuestra marcha por una senda estrecha y serpenteante que cada vez se adentra más y más en el bosque. Esta vez son las hayas, los robles, los serval, el acebo y el boj los dueños del lugar. El río corre al fondo del valle mientras continuamos cruzando barrancos donde las aguas bravas e impetuosas se empeñan en decirnos que no es oportuno resbalar entre sus rocas, bajo pena de un refrescante chapuzón. El silencio se hace canción tarareada por el rítmico sonar de las hojas de los árboles. La espesura se hace cada vez más profunda y el sol desaparece de los cielos tapado por una cúpula de hojarasca, los trinos de los pájaros se agudizan y se puede escuchar a nuestro lado el caminar de extrañas criaturas que te

obligan a llevar los sentidos en tensión. Aguzas la vista y el oído, conviertes tu caminar en un rítmico silencio, pasas sobre las ramas sin romperlas, tu fusión se esta haciendo realidad. Te **empeñas** en ser uno de ellos pero aun no lo has conseguido. Sabes que te vigilan sin ser vistos, revolotean a tu lado y se mueven con sigilo, algún ruido les delata. Paras como un resorte, mientras los sonidos a tu alrededor continuan por un segundo.

Miras a tu alrededor girando con suavidad para no molestar al vigilante y de pronto, aparece. Unos ojillos rasgados y astutos tras un hocico afilado que parece sonriente. Las orejas tiesas, las patas traseras dispuestas para el salto y las delanteras en guardia, una larga y peluda cola lo convierte en una figura esbelta y elegante.

Sin mover casi un músculo, con una lentitud pasmosa, intento sacar la cámara de fotos que cuelga en bandolera a mi costado. No muevo ni un ápice mis pies, la rabosa me mira con descaro y espera pacientemente mientras yo me preparo para disparar. Sé que sólo tengo una oportunidad así que procuro no espantar a mi joven amigo y en el momento en que me dispongo a apretar el obturador, el muy zorro, y nunca mejor dicho, da media vuelta y se va, no sin antes con una mirada de complicidad recordarme que todavía es pronto. Que queda mucho camino por andar y muchas cumbres por subir antes de poder llegar a decir. “Tu y yo somos de la misma sangre”, aun queda mucho por aprender.

Después de guardar la cámara y resignados a no llevar un recuerdo digno del “National Geografic”, continuamos el viaje en dirección al pueblo abandonado de Polituara al pie de la presa de Bubal y a la sombra del alto Tozal de la Peña de Hoz. Pasamos por delante de unos bunkeres abandonados, recuerdo no muy lejano de la última posguerra. En la que el miedo más a la huida que a la invasión era patente entre aquellos que por la fuerza nos impusieron sus razones e intentaron amordazar a estas gentes acostumbradas a vivir creando banderas y naciones, conquistando reinos y dominando duendes.

Sólo pudieron hacerlo cuando los grandes pantanos anegaron sus tierras robándoles el sustento y ocultaron bajo sus aguas, la historia, el amor y el sufrimiento. Cuando las lágrimas terminaron de llenar el pantano. Recogieron sus hatos y sin volver la vista marcharon de sus montañas.

Hoy, medio siglo más tarde, aún en sus casas vacías arruinadas por los años y el abandono es posible leer entre las piedras caídas de sus muros las pasiones, los amores y los sueños escritos en sus fachadas. Aún es posible encontrar en las tardes de verano, algún yayo que vara de avellano en mano y la mirada perdida en el infinito, vuelve a buscar las raíces que quedan en el recuerdo de las gentes que antaño recorrían estas calles.

La alta presa nos corta el paso, los mas de ochenta metros de altura de hormigón se yerguen pavoneantes ante nuestra mirada, mientras sus

válvulas de descarga sueltan sus casi mil doscientos litros por segundo de agua del llamado caudal ecológico, para preservar el abastecimiento y el riego del río en las tierras bajas. Si pensáramos al abrir el grifo de agua en casa que significa cada gota que se pierde, seguramente la gastaríamos con más cuidado, porque cada gota es la vida no de los que están o de los que vendrán sino de los que se fueron y ya no quedan muchas veces ni en el recuerdo. Enterrados bajo el barro de los años de progreso y olvido. Salpicados y empapados por las gotas de la comodidad remontamos los metros de senda hasta superar el umbral de la presa. Y ya bajo la sombra de Peña Blanca, bajo la canal de Las Aboceras, lugar donde no ha tanto tiempo las mujeres iban a buscar Abozos, alimento muy jugoso para los animales de corral, en especial los cerdos.

Salimos por debajo del camino de los jabalíes. Senda oculta y solo conocida por los cazadores del lugar por donde sobre las fajetas de sabinas y de pinos, bajo las rocas de la sierra del Tendeñera, de igual a igual, con astucia y paciencia, arrancaban a la montaña la carne de su sustento.

Camino de Hoz de Jaca que sobresale de nuestro punto de vista, protegido del frío viento del Norte por la peña de San Chuan, caminamos entre barzales y fresnos protegidos por muros de piedra perfectamente ordenadas para marcar y fijar las tierras del mayorazgo dejando el camino libre para el paso de una caballería con aperos o serones. Y así sin pisar asfalto, llegamos al pueblo de Hoz de Jaca, un caserío sin par que todavía guarda el sabor a viejo y humo de carrasca. Sus casas de piedra en un ordenado desorden dan el trazado a sus solitarias calles, en donde es fácil cruzarte bajo la sombra de un rosal junto a la fuente que franquea la entrada al pueblo, un par de yayas vestidas de negro con el rostro curtido por el viento y las manos nervudas y arrugadas cruzadas sobre el mandil. Manos que antaño, día a día se afanaban por cortar la hierba que alimentaba los bichos. Lavaban con agua helada, amasaban las hogazas, preparaban ajuares y mortajas. Traían nenes al mundo y perseguían con golpes de escoba algún diablillo travieso que para las fiestas de San Lorenzo.-Santo oscense por excelencia.- se afanaban por robar los dulces y las galletas.

Te saludan con esa simpatía que irradian unos ojillos finos y afilados, capaces de ver más allá de la simple vista. A poco que les preguntes, te contarán sobre sus hijos y nietos, te hablarán de sus casas, de sus quehaceres.

Recordarán cuando iban de pastoras, cuando les parió una vaca en mitad de una tormenta. Cuando en lo alto del puerto una tronada revuelta se les llevo un hermano que allí quedó para siempre tapado por una losa, bajo la sombra perenne del pico de Piedrafita. No te hablarán de brujas ni de duendes pero en el umbral de la casa o bajo el arco de entrada, una cruz tallada en piedra cual firma de cantero, se encargará de ahuyentar a esos

diablillos traviosos y juguetones que buscan en las casas de montaña su último refugio en un país donde hoy reina la tele.

Nuestra indumentaria un tanto estrafalaria ya no es ajena por estos lugares. Cachirulo en la cabeza, los pantalones bávaros y las botas aunque no habituales, aún son bastante corrientes para esta gente del país.

Un hombre recio con aspecto afable y cara de bonachón, entrado en años, con los ojos afilados de los nobles montañeses. Con esa mirada que ve mas allá de las montañas que ve hasta el último rincón del alma.

Aspecto airoso y jovial, escrutador, bondadoso, de semblante serio, y a la vez risueño, montañés indefinible, pero uno de esos hombres que te inspiran confianza. Pascual dice que se llama y que en sus años mozos cuando era solo un zagal ya marchaba a Los Azules o cruzaba Los Batanes camino del Vignemale para llevar los recaos a los pastores. Nos contó como por Cuartelé en compañía de David el de Aznar, con 1.200 ovejas les enganchó una tronada de esas reviradas que les hizo perder el “ganao” y lo tuvieron que echar camino de Panticosa. De cómo marchaban en el otoño de trashumantes a las llanadas de La Tierra Baja. Como subían en las vagonetas del balneario hacia Bachimaña cuando la construcción de las presas y como los presos políticos de la posguerra marchaban desde Escarilla por la llamada Ruta de Los Forzados a construir la presa de Tramacastilla y el tubo del Pacino. Benito se unió a la charla contando los avatares que por aquellas fajetas y canales, señaladas con sus dedos, y todas ellas con nombres, aunque no figuren en ninguno de los mapas de la zona, pasó hasta hace bien poco, subiendo hasta Peña Blanca o cruzando hasta Otal para pasar hacia Ordesa. De cómo saltan los sarrios por las paredes del Sabocos, o de cómo las gallinas correteaban por la era en las fechas de la siega comiéndose los granos caídos mientras cruzaban por debajo de los cascados de los machos. Aquello si que eran gallinas.-Comenta con ojos de nostalgia.- y además, al terminar de aventar, los vecinos se reunían para hacer una comida y celebrar el final del trabajo. Pero no todo eran fiestas, también tenían que bajar a Biescas para comprar y subir los bolsos a hombros o a lomos de caballería y de cómo las mujeres luchaban hombro a hombro con sus hombres para mantener la casa, ahora ya no es lo mismo, dice, estos jóvenes no quieren ... Poco a poco el corro se hace grande, algunos de los hombres del lugar se unían para charrar, allí estaba Pascual de Biu, el último pastor de ovejas de Hoz (léase ganadero), con su mostacho de picoletto y el gracejo socarrón de los hombres del país que se mueven a la vuelta del camino que tú llevas. Antonio de Águeda, Miguel de Macho, Antonio el de Mairal, hombre serio y callado donde los haya. Ramón el de Chicotranco, José de Ferranchaco, y los de Pío fueron los últimos en unirse a la charra, al principio callados y poco a poco entraron en ajo.

Nos hablaron de su pueblo, de cómo antaño y antes de que hubiese vacas era un pueblo ovejero, de cómo con el pantano la gente tuvo que emigrar. Algunos como Maximino de Mercá, los de Torre, o los de Ferrer, quedaron en Sabiñanigo, distinto fue para Castan, Agustín o Galanton, que al morir los padres, las casas vacías, terminaron en Zaragoza los unos y Barcelona los otros, aunque orgullosos nos cuentan como para San Lorenzo en las fiestas el pueblo bulle de gente. Las casas se copan otra vez y los duendes se despiertan. Los niños pueblan sus calles y los moces y mocetas, bailan hasta que la noche desaparece.

También nos cuentan cómo cuando la guerra con los Gabachos estos subieron al pueblo para incendiarlo, dejando la huella del fuego en las falsas de las casas o el tejado de la iglesia que según dicen, es gótica, nos dicen como sobre su falso techo y en las paredes del campanario el fuego dejó su impronta. Hablan de los hijos del pueblo, algunos, profesores de Universidad. Se les llena la boca de orgullo al comentar cómo uno de ellos, termino con el numero uno de su promoción. Con la mejor nota de los últimos veinticinco años .-Asienten todos.- Sin duda heredero de aquellos de la casa que hace mas de quinientos años ya fueron llamados por Pedro Arbués para fundar la Universidad de Zaragoza. Con un tal Pablo .- Heredero de la saga.- tuve la oportunidad de marchar tiempo después por estas cimas de Dios y como explique tal y como escala, francamente tiene que ser bueno.

Seguimos la charrada durante un buen rato mientras nos interrogan sobre nuestras andanzas por el país, nos preguntan por las trochas y paisajes. Hablamos de cumbres y de ibones, de paredes y de sarríos, de águilas y milanos, de zorros y jabalies, de arces, fresnos y carrascas, de abedules y avellanos, de pinos, bojes y acebos; mientras un porrón de vino rancio que saca Pedro el de el bar, refresca los garganchones. Poco a poco las horas van pasando, la compañía es buena y la historia interesante pero el camino aun es largo y la tarde no tardara en pardear. Aun tenemos que cruzar el bosque por Brazacor camino de Panticosa. No sin antes acercarnos al singular mirador, una especie de pajarera volada sobre un cortado, bien anclada en sus cimientos pero no apta para cardiacos, pues bajo tus pies se deja ver y sentir el vacio de un cortado vertical de mas de cien metros de altura.

Esta gente tiene a gala entre otras cosas, tener en su pueblo las campanas mas sonoras de todo el valle y en la noche de San Lorenzo, con las lágrimas del santo, sus mozos llaman a fiesta con un incesante y sonoro bandedo, pero no nos podemos quedar, “San Lorenzo” aun cae muy lejos así que otra vez con la mochila a la espalda. Esta vez con la ligereza que da la buena gente y el vino recio y rancio encaminamos nuestros pasos hacia el mundo del silencio, no sin antes despedirnos con esos apretones de manos, esos fuertes y secos, esos de gente de casta y escuchar a nuestra espalda la

frase mas típica y clásica de las gentes del lugar que despiden a un extraño que osa allanar el camino de las hadas.- Estáis locos. Una sonrisa de complicidad por nuestra parte y un saludo con la mano en alto mientras giramos sobre nuestros pasos a la vez que avanzamos hacia el camino de los ibones, antes de coger el desvio de Brazacor. Pasamos bordeando la cima de San Chuan dejando a la espalda las casas del pueblo, ya con sus chamineras humeantes que son como un faro en medio del mar. Una señal de vida.